

EL APRENDIZAJE DE LA LIBERTAD

Una mañana salieron de su casa y se encontraron con que la libertad andaba suelta por las calles. Habían nacido, vivido; habían escrito sus libros o subido a los escenarios metidos en un 'largo subterráneo de cincuenta años. Y, de pronto, espléndida y brutal, la luz; de pronto tenían que reinventarlo todo: desde el ritual de su existencia cotidiana, «permeado de una clandestinidad que nos llegaba a los huesos», hasta el nuevo sentido de la creación, hasta el flamante valor de las palabras.

Ahora un «pide» era un «pide» y punto. Se acababan los circunloquios, los sobreentendidos, los eufemismos, las entrelíneas, las claves, todas las referencias tangenciales para pasarle justo al lado a la censura y poder llegar al pueblo. Algo más sutil: tenían que matar al policía que se había instalado a vivir dentro de ellos mismos, dragar lo que hubiera de sucio en el fondo de sus propias conciencias; hacer el aprendizaje de la libertad.

Tanto es lo que tendrían que decir, que se han quedado mudos; milagrosos sobrevivientes, aprenden a usar las muletas. Y como nunca fueron mayordomos del régimen, sino tenaces resistentes contra todas las razones que les tendía la desesperanza, la victoria también les pertenece. Y también les obliga. Los libros para pasado mañana, porque hay tareas más urgentes y vivencias demasiado quemantes: no sólo los días de la euforia y el delirio, haber asistido a la confesión del asesino de nuestro mejor amigo; que aquella muchacha de veinte años que pareció compartir nuestra ternura resultara un agente de tres mil escudos. Vendrán los libros: bellos monstruos, estupefactos testimonios, minucioso desmantelamiento de una mentira que cubrió medio siglo de historia portuguesa. Ahora hay demasiado ruido en la calle como para sentarse a escribir.

FERNANDO NAMORA:

La fraternidad en busca de una voz

¿UE fue el fascismo?

—Los que vivimos el país por dentro, en nuestra carne, tengo la impresión que no podremos darle una respuesta muy clara, muy lúcida: tan incorporado estaba todo en nosotros; era una forma de respirar, un modo de vida que lo permeaba todo.

—En la literatura, ¿qué pasaba?: la censura, por ejemplo.

—Precisamente: en los últimos tiempos no había censura previa de la literatura en Portugal. Le diría: por innecesaria; había autocensura, una censura inconsciente que cada uno aplicaba a su manera.

—Pero su generación fue combativa, contestataria al régimen.

—Particularmente combativa, de un tipo de literatura participante, interferente; enfrentamos los problemas y lo hicimos con una voz que nosotros queríamos que fuese muy clara.

¿Entonces?

—La influencia del medio ambiente; aun cuando nosotros creyéramos que no llevábamos dentro la represión, la llevábamos. Había un juego literario, un juego formal que, si por un lado daba cierta tensión a la expresión literaria —no dejo de reconocerlo—, por otro lado era extremadamente limitativo.

¿Y en su caso?

—Desarrollo este tema en mi novela «Los clandestinos». Mi literatura —toda— fue respuesta a un desafío: concreto: la situación social y política de mi país; en todos y cada uno de los tres grandes momentos en que puede dividirse mi novelística: el contacto muy veraz,

desmitificado, duro, que como médico tengo con la realidad rural de mi país; la confrontación de ese país agrícola con la experiencia ciudadana, cuando me traslado a Lisboa, y, por último, otro contrapunto: el de un mundo exterior en rápida mudanza, interesado en el porvenir, con el marasmo, el mundo muerto de nuestro país.

—Me hablaba de «Los clandestinos».

—Porque en esa novela —el título tiene mucho de simbólico— trato de esa clandestinidad que se había instalado en nuestras vidas. Hubo una clandestinidad necesaria para la resistencia política y otra que, sin darnos cuenta, fue impregnando cada uno de nuestros más pequeños gestos, toda nuestra conducta. La dramática tentativa del protagonista de esta novela es la del esclarecimiento entre esa actualidad de clandestinidad muerta —corroída por un medio apático, indiferente— y su pasado de militante activo en la clandestinidad real.

—Esa literatura comprometida que hace su generación, ¿supone un descuido por el aspecto formal, o por el contrario?...

—... en absoluto, nunca nos fueron ajenos los problemas estéticos: cuando apareció el existencialismo en Portugal, no constituyó una sorpresa: nuestros personajes no estaban diluidos en un todo colectivo; identificados con ese todo, sí, pero con una individualidad propia; cuando surge el «nouveau roman», nuevas generaciones que confluyen en nuestro movimiento, hacen también esa experiencia. Estuvimos

despiertos siempre a las nuevas corrientes literarias, pero como constante, en cuanto a temática, cualquiera fuera la resolución formal, aparecía la realidad portuguesa.

—¿Y su propio proceso?

—Por tradición, tal vez por temperamento, soy fundamentalmente un narrador de historias. Pero creo que hay una evolución bien marcada entre mis primeros libros y mi última novela «Los clandestinos» que tiene una arquitectura moderna, con destrucción del tiempo, la comprensión postergada de la intriga, la asociación de hechos ocu-

—Todo se transformó en Portugal. Hemos vivido días únicos, un ambiente de fiesta, de reconciliación; una atmósfera de fraternidad intensa, ávida de expresarse, de tener una voz. Además, usted puede verlo, hay todo un deseo de reconstruir, de colaborar en las personas, de hacer un Portugal nuevo o, por lo menos, renovado.

—¿Qué problemas le plantea a usted, que como escritor ha hecho toda su obra bajo el fascismo, este viraje histórico de su país?

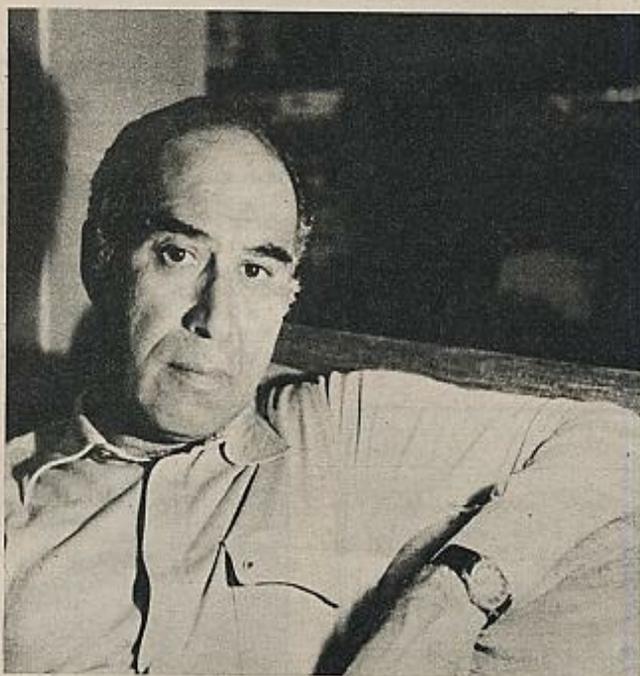
—Honestamente: muchos. No se viven en vano largos años en una actitud de resistencia a un oposi-

Ernesto González Bermejo

rridos en tiempos y espacios distintos, etcétera. Desde entonces intento una literatura que trato que sea un poco mía entre la ficción, el testimonio y el ensayo. Libros que pueden ser fundamentalmente ensayos, pero en los que el aspecto especulativo aparece ejemplificado con relatos y, por lo tanto, con personajes.

—¿Qué pasó el veinticinco de abril?

tor definido: un sistema político determinado y la realidad social correspondiente. Desaparecido ese opositor, tenemos que encontrar nuevas razones de desafío para nuestra creación literaria, y también la forma de expresión que le corresponda. De acuerdo: tenemos un compromiso inmediato: contribuir de una manera viva, activa, a la reconstrucción del país, pero es posible que eso mismo nos cree



FERNANDO NAMORA:

De cincuenta y cuatro años, nacido en los alrededores de Coimbra, poeta, novelista, ensayista, Fernando Namora es uno de los clásicos modernos de la literatura portuguesa. Médico, recorrió con su trabajo todo el país; su primera narrativa recoge ese itinerario por el paisaje geográfico y humano (campesinos, mineros, pescadores y contrabandistas) de Portugal. Autor de tres libros de poemas («Reliegos», «Mar de Sargazos», «Tierras»), su novelística es más abundante: se destacan «Casa de Malta», «Minas de San Francisco», «La noche de madrugada», «Fuego en la noche oscura», «Escenas de la vida de un médico», «Nuevas escenas de la vida de un médico» y «Los clandestinos», las cuatro últimas publicadas en español.

problemas de creación, de estímulo. El aplauso es siempre mucho más convencional que el desacuerdo. Encontraremos la solución, como la han encontrado otros pueblos, pero hoy no sabría decirle cuál será.

—Pero usted tendrá su plan de trabajo...

—Tengo un plan que no es de ahora, que tiene muchos años: un intento de crónica de lo que fueron los últimos diez, quince años de vida portuguesa; un libro-montaje; selección de discursos políticos, acontecimientos de diverso tipo, ligados a los dos grandes dramas portugueses del último tiempo: la guerra colonial y la emigración. Tengo mucho material acumulado, muchas páginas escritas, pero seguramente tendré que rever todo el trabajo hecho, porque ahora la dirección del libro, su orientación, obviamente, tendrá que ser otra.

—Me hablaba de los compromisos inmediatos que exige la situación: ¿cuál es su participación en ellos?

—Difícil decirlo: las solicitudes son tantas y tan divergentes que cuesta trabajo llevar la cuenta. En este país, desde abril, nos pasamos la vida en reuniones, en debates, en comisiones. Esta misma tarde estaré en una sesión de trabajo de una liga de intercambio cultural, científico y social con los pueblos de los países socialistas; tendría que ver la agenda para decirle cuál o cuáles tengo mañana; dentro de tres días salgo para Holanda con otra tarea cultural. Tenemos los días a plena disponibilidad de lo que haya que hacer. Si me pregunta en qué ocupé la semana pasada, no sabría responderle; sólo que estuve muy atareado, nada más.

—Su opinión del momento político.

—Estamos en una situación provisional a la que corresponde un gobierno provisional. Estos meses se han empleado en una tentativa a fondo de esclarecimiento del pueblo que estaba totalmente alienado, muy poco politizado, sin conciencia de sus propios dramas. Sabemos que será un problema de años, pero a los gobernantes, a los ciudadanos más conscientes las corresponde contribuir a su aceleración.

—¿Es optimista en cuanto al curso de ese proceso?

—Totalmente. El portugués tiene condiciones evidentes de adaptación a circunstancias nuevas; es un pueblo que muchas veces ha conseguido soluciones originales para sus grandes problemas. Tal vez se pueda aplicar esta frase al pueblo portugués: «es capaz de resolver las cosas difíciles y no sabe resolver las cosas fáciles». Y esta no es de las fáciles.

—Hay amenazas, peligros...

—Los hay, pero considero la situación completamente irreversible. Como todos los grandes cambios, esos seísmos de la historia provocarán sacudimientos. Es inevitable que en esta fase de saneamiento, de limpieza de estructuras corrompidas, haya enfrentamientos, haya discordias, pero confío que encontraremos un punto óptimo de conciliación y de diálogo porque tenemos todos una apuesta común: hacer un país nuevo.

—Todo intento de volver al pasado lo considero condenado al fracaso porque —y ésa es la originalidad del caso portugués— tenemos un Ejército que sólo por azar lleva uniforme, que hizo esta revolución, que está interesado en un cambio de estructuras sociales del país y que frustrará cualquier intento de golpe contrarrevolucionario. ■

URBANO TAVARES RODRIGUES:

«También puedo escribir panfletos»

N O estoy de acuerdo con algo que se dice siempre; que el Renacimiento fue la aparición de la cultura después de la larga noche de la Edad Media; también hubo una cultura escondida en la Edad Media. En Portugal ocurrió lo mismo bajo el fascismo. No sólo una cultura entendida en términos de tarea de escritores y artistas, también en el sentido de una lucha continua de masas trabajadoras, de los comunistas, los socialistas, las organizaciones revolucionarias; en Alentejo, en ciertas zonas de pescadores, en sectores industriales, se mantuvo vivo un profundo sentimiento de libertad; hubo hombres que jamás se rindieron al fascismo, que sufrieron mucha cárcel, que fueron torturados hasta la muerte.

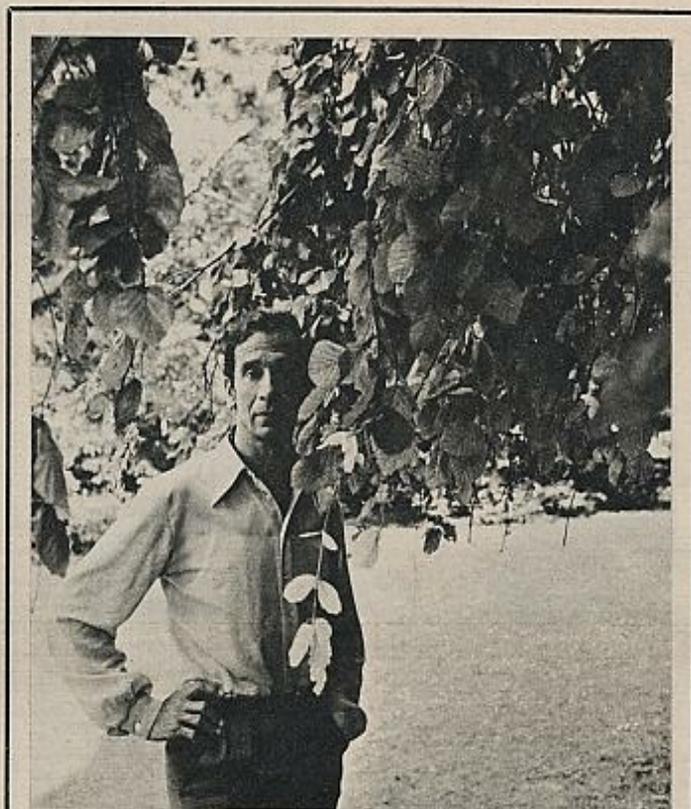
—Y fue esa conciencia de vanguardia la que salió a la calle, el veinticinco de abril, junto con los militares revolucionarios.

—Los intelectuales y artistas portugueses han dado un apoyo

total al cambio. Porque siempre estuvieron en la oposición; se podían contar con los dedos de una mano los intelectuales que sirvieron al régimen, y ésos jamás tuvieron alguna audiencia significativa en el pueblo portugués.

—Mi obra también tuvo siempre ese carácter resistente, pero nunca pude hablar claro. Ahora lo haré o intentaré hacerlo, porque es probable que esté condicionado por una cierta manera de metaforizar la realidad, con todo lo que pueda eso tener de negativo y de positivo.

—Creo que ya no abandonaré mi senda de la novela poética porque mi visión de lo real es una visión poética. Es muy probable que por un año o dos sólo escriba palabras de combate, antes que novelas como las que hacía antes del veinticinco de abril. He vuelto al periodismo: en este momento me parece más importante participar directamente en la lucha del pueblo portugués contra la posibilidad



URBANO TAVARES:

«Una de las más interesantes personalidades literarias del docenio del 50», según el escritor y crítico Oscar Lopes. Nació en Lisboa, pero vivió la miseria campesina de Alentejo. Buena parte de sus novelas está referida a esa realidad. Graduado en Filología Románica en la Facultad de Letras de Lisboa, enseñó en Universidades francesas. Diversos premios literarios. Miembro de dirección de la Sociedad Portuguesa de Escritores, clausurada por Salazar en 1965. Candidato a diputado por la Oposición Democrática en 1969. Preso tres veces: en el 61, en el 63 y en el 68; torturado.

Autor de más de veinte libros (poesía, novela, ensayo), varios traducidos al español: «Bastardos del sol» (1957); «Una piedra arrojada al charco» (1958); «Los insumisos» (1961). Después del 25 de abril fue publicado su libro «Imitación de la felicidad», prohibido durante diez años; en diciembre de este año aparecerá otra novela suya: «Disolución».

dad de un retorno de la derecha y del fascismo, como ya se intentó el veintiocho de septiembre. Ese día avanzamos mucho en la consolidación de la democracia, se reforzó la alianza decisiva del Movimiento de las Fuerzas Armadas y las masas populares, y se dio un salto importante en la politización del país.

—Sí, aunque a nivel político, los artistas e intelectuales apoyan el proceso, en el plano de la creación, muchos no saben lo que van a hacer ahora. Lo importante es que casi todos tenemos conciencia de que hay que preservar la calidad de la obra de arte; que sólo una obra de arte de calidad puede contribuir realmente a la revolución. La novela o el poema no puede caer al nivel del panfleto. El panfleto acaso es importante en este momento y no tengo ningún inconveniente en hacer panfletos. Pero si me siento a escribir un poema o una novela, lo seguiré haciendo con el mismo respeto por la calidad que he tenido siempre.

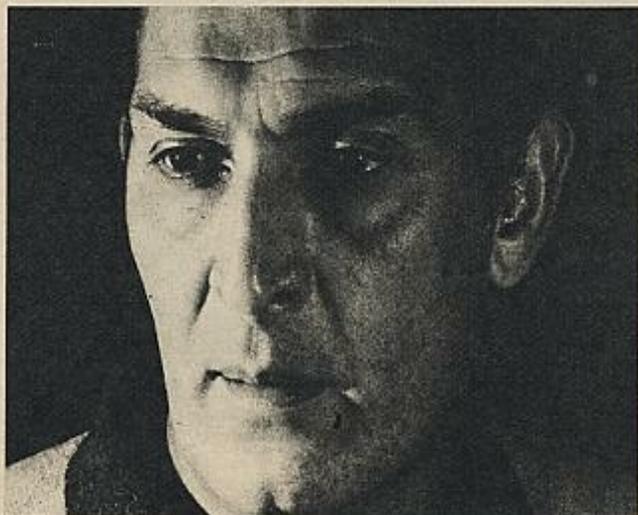
—Esto debe complementarse con una obra intensísima de educación de las masas populares, que las capacite para acceder a la obra de arte. En eso está ya la Asociación Portuguesa de Escritores, en colaboración con el Movi-

miento Democrático Portugués: haciendo conferencias culturales y de esclarecimiento; en eso están también brigadas de estudiantes, que recorren el país intentando, según el método de Pablo Freire, transmitir no solamente una cultura elemental, sino contribuir a la formación de una conciencia política, particularmente entre el aislado campesinado norteño.

—A su tiempo, volveré a la literatura; a su tiempo volveremos todos. No sólo ha hecho obra de contenido social, he tenido una preocupación totalizadora de la vida humana, aunque siempre trato de insertar al hombre en la historia, en el porvenir, en la búsqueda de la justicia social; creo que eso se puede parecer bastante a una razón de vivir.

—Portugal es una nación nueva donde cada uno gana conciencia, día a día, de su cualidad de hombre, y la literatura deberá reflejar esta revolución sin sangre, sin crueldad, sin tortura. Pero lo hará también en medio de una profunda libertad: no vamos a obligar a nadie que con su obra apoye la construcción de un Portugal democrático y socialista, pero, nosotros, los que llevamos desde siempre en la sangre ese propósito, es lo que haremos. ■

EL APRENDIZAJE DE LA LIBERTAD



ROGELIO PAULO:

Como actor, hizo desde el Padre, de Sels personajes en busca de un autor, de Pirandello; el John Proctor, de Las brujas de Salem; el Joe Keller, de Todos eran mis hijos, de Arthur Miller; hasta el Lowan, de La muerte de un viajante; Marco Antonio, de Julio César; o el Conde Kent, de Rey Lear, de Shakespeare. Como director puso en escena obras de Clifford Odets, Arthur Miller, Bernard Shaw y de numerosos dramaturgos portugueses.

Trabajó desde 1950 en los teatros portugueses, en el Plaisance, de París, en el Royal du Parc, de Bruselas. Tres veces premiado como el mejor actor de Portugal (1956-1962-1968), obtuvo también el primer premio de la Universidad del Teatro de las Naciones de París en el 62. Bastante —y no es nada; su «currículum» llena cuatro hojas apretadas— para este hombre, cuyo nombre «real» es Rogelio Gomes Lopes, nacido en Silva Porto (Angola) en 1927.

ROGELIO PAULO:

La belleza es una tarea urgente

TUVE una suerte enorme: estuve cerca de dos años en Cuba y regresé a Portugal en diciembre de mil novecientos setenta y tres. Imaginarás las enormes dificultades de adaptación que tenía, estaba medio loco. Cuando llega el veinticinco de abril, me encuentra preparado; además de mi larga militancia, que empieza en mil novecientos cuarenta y seis en el Movimiento de Unidad Democrática Juvenil (allí estaban también Carlos Brito, Mario Soares, Carlos Costa), y no cesa nunca, acababa de vivir la formidable experiencia revolucionaria cubana. Por eso es que tengo un amor profundo a Cuba y a su pueblo; les debo mucho.

—¿Qué problemas se presentan al teatro portugués, después del veinticinco de abril?

—Estábamos haciendo un tipo de teatro y ahora somos llamados a hacer otro totalmente distinto; eso técnicamente plantea muchos problemas. Ahora se puede trabajar abiertamente en un estilo didáctico, brechtiano, y encuentras actores muy buenos, con la mejor disposición, pero que tienen dificultades de adaptación a este nuevo tipo de teatro.

—¿Y en cuanto a repertorio?

—Ese mismo es el otro gran problema: todavía no tenemos una dramaturgia que recoja lo que sucede en Portugal, que hable del presente y, más aún, del futuro. No pido milagros, pero cuando me encuentro con escritores, muy

amigos, y les pido: «Obras, obras», me contestan: «Tengo ésta», que nunca pudo ser representada. No tengo otro remedio que decirles: «Lo lamento, viejo, pero ésa ya no nos sirve».

—Brecht: su importancia para ti.

—Inconmensurable: la noche decisiva de mi vida fue una de mil novecientos cincuenta y cinco, en París, cuando voy a ver una obra llamada «El círculo de tiza caucasiense», puesta por el Berliner Ensemble, dirigida por el propio Brecht. Abrió, de pronto, un mundo nuevo para mí: era la negación del teatro aristotélico, de sentimientos; era el descubrimiento de que el teatro puede ser un instrumento de comprensión de los fenómenos; que esos fenómenos, después de pasar por la imaginación del creador y de ser interpretados por un grupo de actores, pueden llegar a las butacas con una carga de incitación, de estímulo crítico para el espectador; que ésta pasa a estar en la misma situación que cualquiera de nosotros está —o debe estar— fuera del teatro, frente a los hechos de la historia.

—¿Brecht estuvo autorizado en Portugal?

—En absoluto; pero nadie pudo impedirme, desde entonces, utilizar el método brechtiano.

—En tu puesta en escena de «Portugués, escritor, cuarenta y cinco años de edad...» en el Maria Martos, que acabo de ver, creí encontrar también —y te lo dije—

una fuerte influencia de Yuri Liubimov, el director del Taganka, de Moscú.

—Innegable: Liubimov es, para mí, otra piedra fundamental. Vi todo lo que se puede ver de él en mil novecientos sesenta y ocho, cuando visité Moscú, y te resumo: creo que es el teatro más revolucionario que he visto en mi vida, la antítesis de un teatro elitista. Un teatro de alto valor estético y, a la vez, de una sencillez total; tiene el distanciamiento de Brecht, pero, además, la dosis de emoción necesaria para conmovir al público. Me impresionó mucho y, sin copiarlo, lo incorporé a mi teatro como tú bien dices. Por aquí cierta crítica que ataca alguna de mis puestas en escena, está todavía por enterarse quién es Liubimov y cuánto le debe el teatro contemporáneo.

—Me hablaste de tu permanencia en Cuba y quiero preguntarte cómo valoras una experiencia teatral que se está haciendo allá y que me parece muy importante: la de Sergio Corrieri, en el Escambray.

—A mí también me parece muy importante, y te diré más: de una utilidad enorme para el teatro que desde hoy tenemos que hacer en Portugal, sobre todo en el medio campesino. Como sabrás, nuestro campesino está al margen de cualquier comprensión teatral. Fue algo parecido lo que encontró Corrieri cuando llegó a la sierra del Escambray: algo peor que la indiferencia, la hostilidad. Para un campesino, actor quería decir homosexual, y actriz, prostituta. ¿Y qué hicieron Corrieri y sus compañeros? Se pusieron a cortar caña con los macheteros, hablaron con ellos, recogieron sus diálogos, sus problemas, los escenificaron; volvieron el teatro a sus orígenes, porque el teatro, como la música, empezó siendo un ritual de trabajo. Corrieri tuvo que abrir esa jungla a golpes de voluntad y la abrió. Algo así nos ocurrirá a nosotros en Portugal, con la ventaja de que contamos con esa experiencia fabulosa hecha por los cubanos.

—Así que ahora, pertrechado con toda esa artillería pesada, te prepararás para participar en lo que será el nuevo teatro portugués, ¿cómo será?

—En Portugal vivimos un momento provisional; lo que será permanente tenemos que construirlo nosotros y, por lo tanto, yo ahora tengo que preocuparme más de las grandes masas que nunca pisaron un teatro que de aquellos pequeños círculos que los frecuentaban. Hoy el teatro, ante todo, tiene que ser útil. En este momento recuerdo que José Martí, cuando veía una pieza teatral, o le daban un libro, como intelectual combatiente que era, decía: «Esa obra es buena porque es útil». El teatro, hoy, aquí debe contribuir a la comprensión por parte del pueblo del proceso político que se vive en el país.

—Para no entenderte mal: utilidad sin sacrificio de la calidad.

—¡Por supuesto! sólo es útil

algo que es bueno, porque la primera cosa que tú tienes que desarrollar en el pueblo, junto con un despertar ideológico y político, es el sentido de la belleza. La belleza es una tarea urgente, hoy, en Portugal.

—Todo el mundo me habla aquí —me refiero a los intelectuales y artistas— de las «tareas inmediatas» en las que están zambullidos desde el veinticinco de abril. ¿Cuáles son las tuyas?

—Mi caso no es diferente: es posible que por un tiempo tenga que dejar de actuar y de dirigir, y debo confesarte que lo hago con un poco de sacrificio, pero, en definitiva, con la mejor disposición. Ocurre que aquí existía, en tiempos del fascismo, una cosa que se llamaba FNAT (Federación Nacional de Alegria para el Trabajo), un nombre, dicho sea de paso, que es el mismo que los nazis le habían puesto a su organización gemela. El FNAT, jamás desarrolló una política cultural popular, pero por suerte dejó una importante infraestructura: estadios, salas de teatro en todo el país (una, excelente, en Lisboa), campos de vacaciones, hoteles, termas, etcétera.

—¿Qué piensan hacer ustedes con todo eso?

—El gobierno provisional entregó todas esas instalaciones a la Intersindical, y los sindicatos me han designado como uno de los cuatro miembros de la comisión administradora. Hay mucho que hacer: por supuesto, un saneamiento grande, y, como idea general, crear verdaderos centros de animación cultural en todo el país, provocando el desarrollo de los valores culturales de cada lugar, haciendo participar en las tareas a la población de la zona, etcétera.

—He oído hablar también de que se formarán «guerrillas culturales», ¿de qué se trata?

—El Movimiento de las Fuerzas Armadas ha establecido un plan hasta marzo, con sus organigramas muy completos, como si se tratara de una batalla —y en el fondo lo es— para hacer una campaña intensa en todo el país de esclarecimiento, de politización. Y entonces nos plantearon a nosotros —debo añadirte que también formo parte de la Comisión Nacional Consultiva del Teatro— integrar una especie de «estado mayor» de esas guerrillas. Consisten en esto: enviar a todos lados grupos que cantando, hablando, recitando, actuando, despierten a la gente, les expliquen lo que es la democracia, qué son unas elecciones, qué fue el fascismo, cómo actúa la reacción. Llevaremos cine, teatro, pintura, circo —con payasos politizados, si tú quieres— hasta las zonas más remotas de Portugal.

—Una pregunta, para terminar: ¿para ti cuál ha sido, en toda tu vida, el acto cultural más importante al que te ha tocado asistir o participar?

—¿El acto cultural más...? el primero de mayo de mil novecientos setenta y cuatro en Lisboa. ■

JOSE CARDOSO PIRES:

Como para pensar en la literatura

AYER recibí el recorte de una entrevista que le di en junio al "Jornal do Brasil"; el título es: "Probable un ataque de la extrema derecha"; el pronóstico se cumplió en septiembre. Ahora te digo a ti, por puro olfato también: estamos bajo la amenaza de un ataque de la extrema derecha que esta vez tendrá carácter militar. Y ellos piensan contar con Spínola.

«Spínola es el gran responsable de la crisis del veintiocho de septiembre. No digo que conociera todos los detalles del complot desde el primer momento, digo que algo sabía, y que se sumó al intento de golpe cuando éste estaba en marcha. El tuvo bajo arresto al primer ministro; no de una manera directa, sino con todos los cumplidos que se emplean en estos casos; él detuvo también a Otalo de Carvalho, el jefe adjunto de la COPCON; él pidió el estado de sitio.

«La intentona se frustró. Estaba orquestada por la tecnocracia con apoyo del gran capital. La montaron como si fuera una operación comercial, con todos sus detalles. He visto las pruebas: el plan incluía ejecuciones sumarias de numerosas personas. Fue una operación civil, que pensaba contar con un apoyo en las Fuerzas Armadas, que no tuvo.

«Después de ese fracaso, ellos intentarán la revancha y la intentarán a otro nivel. Con un apoyo mucho más fuerte de los grandes grupos monopolíticos, con un respaldo militar mejor organizado.

«Novecientos oficiales fueron sañados de las Fuerzas Armadas. ¿Qué piensas tú que pueden estar haciendo? Siguen siendo oficiales, mantienen contactos dentro de las Fuerzas Armadas, tienen todo el tiempo libre para dedicarlo a conspirar.

«Digo que la extrema derecha intentará un golpe con intervención militar, no digo que vaya a ser un golpe exitoso. Aunque la caída de Spínola no ha sido definitiva, ha sido muy importante. Significó una consolidación formidable del proceso y algo más: altos responsables del Gobierno me confesaron que ellos no tenían idea de que se hubiera producido una politización tan grande a nivel de oficiales en las Fuerzas Armadas. La respuesta fue inmediata, con excepción de un regimiento de paracaidistas, y eso dejó en el aire la intentona ultraderechista. Tal vez esa politización no haya sido demasiado sólida, pero fue suficiente para frenar el golpe. Y desde entonces se ha seguido avanzando.

«La CIA está trabajando en Portugal: es su obligación. Puedo decirte que los portugueses vamos a doctorarnos en el tema chileno: lo hemos estudiado por los cuatro costados y hemos aprendido algunas cosas sobre la CIA. Ellos ata-

carán el punto económico, pero seguramente también introducirán variantes, otras formas de ataque. No pueden venir aquí a financiar una huelga de camioneros, porque eso lo identificaremos en seguida y lo responderemos. Tenemos que estar atentos a la inventiva que pueda aplicar la CIA al "caso portugués" para responder con la misma prontitud.

«Estos son los problemas y éste donde tú me ves es mi puesto de trabajo: soy director adjunto del "Diario de Lisboa", el periódico más tradicionalmente fascista de Portugal desde mil novecientos veintinueve. Muchas veces, antes del veinticinco de abril, me habían ofrecido este puesto y no lo había aceptado. Ahora es distinto.

«Trabajo como un loco, como nunca he trabajado en mi vida, y me siento feliz. "Diario de Lisboa" es un periódico antifascista y pluralista. La solución de un periódico de partido me parece una solu-

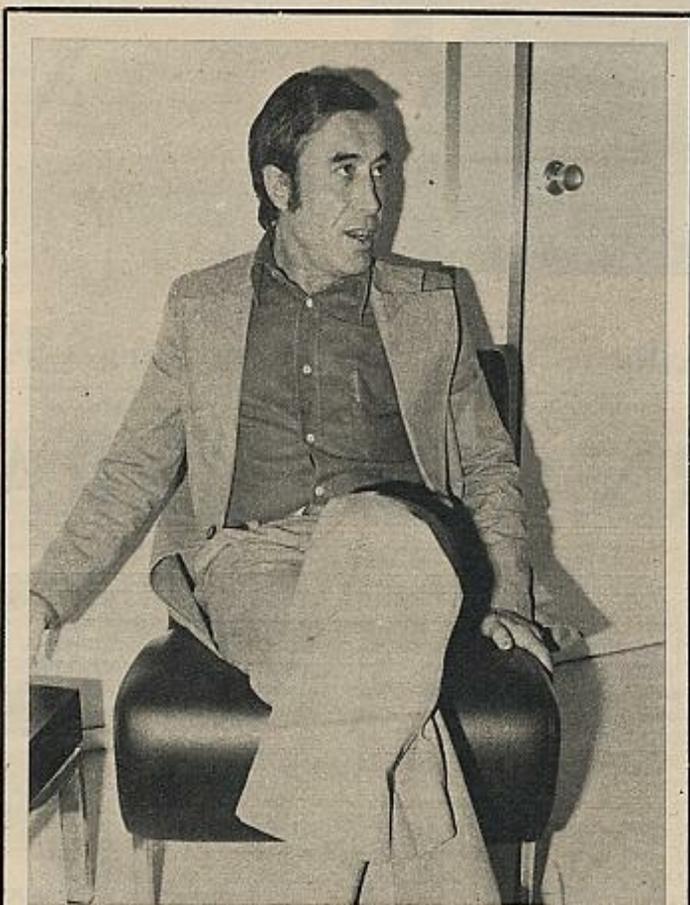
ción muy cómoda; nosotros apoyamos al gobierno provisional y el gobierno está integrado por una coalición. Aquí yo no puedo admitir un ataque al Partido Popular Democrático (PPD), porque es parte de esa coalición; pero tampoco olvidar que el PPD es un partido burgués y tratarlo al mismo nivel que podemos tratar a partidos como el Comunista y el Socialista, que son representativos de la masa trabajadora de este país.

«Y dentro del periódico tenemos que trabajar por la eliminación de los grupúsculos, porque uno es maoísta, el otro comunista, el otro socialista, y se tiende a olvidar la palabra fascismo. La unidad es imprescindible (y lo que digo del periódico vale para el país), tenemos que tener siempre presente al enemigo.

«Porque él enemigo, como te he dicho, trabaja en un nuevo asalto, en el que se empleará a fondo».

—Interesantes tus revelaciones políticas, pero yo venía a hablar con el escritor Cardoso Pires.

—¿Piensas que estamos para pensar en la literatura. No he escrito una línea desde el veinticinco de abril. Y no lo lamento. ■ E. G. B.



JOSE CARDOSO PIRES:

Cuarenta y ocho años, ocho libros. Novelas como «El huésped de Job» (1962) y «El delfín», la más leída (ambas traducidas al español), cuentos, ensayos: «Técnica del golpe de la censura», publicado en Francia, Alemania, Inglaterra, Estados Unidos, pero no, por supuesto, en Portugal todavía. «Excelentísimo Dinosaurio» le valió las iras del régimen anterior, que consiguieron hacerle vender ocho mil ejemplares en dos días. Estuvo tres años y medio en Londres, como asesor de literatura en varias Universidades. Su generación correspondió a la buena época del realismo socialista, pero él nunca lo ejerció, aunque su obra sea de contenido social.

Diez años largos editando poesía

Javier Lentini
(CONTINUACION)
(CONTINUARA)

... un placer de cacería visual, esa duda del ojo que avanza o desciende, que elige diagonales o se larga escaleras abajo para volver a remontar la cuesta.

(Julio Cortázar)

POETAS ESPAÑOLES POSCONTEMPORANEOS (Antología)

Un libro imprescindible para conocer los caminos, vericuetos o despeñaderos por los que transita la poesía española más reciente.

POESIAS DE CATULO (texto bilingüe) edición de Juan Petit

Un poeta del siglo I a.c. que ya nos enseña a maldecir al superior jerárquico y a narrar aventuras galantes.

Los Libros De La Frontera

JOSE BATLLO, EDITOR
Valencia, 72. Tel. 243 37 04
Barcelona (15)

distribuidores exclusivos:
MADRID: Visor Libros
Isaac Peral, 18. Tel. 449 26 55
CATALUÑA Y BALEARES
Siglo XXI de Catalunya—Les
Punxes, S.L. Pou Dolç, 6
Tel. 317 99 36. Barcelona